

“Juana la Loca, o quizás no tanto”, presentado bajo el pseudónimo “Mediterráneo”:

Fernando el Santo, Alfonso el Sabio, Jaime el Conquistador... como ellos fueron muchos los reyes que recibieron sobrenombres imponentes y admirables. Sin embargo no fue el caso de Juana I de Castilla, quien pasó a la historia como Juana la Loca. Pero, ¿estaba la reina Juana realmente loca? Aunque diversos testimonios aseguraban que la reina Juana padecía algún tipo de trastorno mental, esta “locura”, que le valió su apodo, se debía en gran parte a lo que tuvo que soportar a lo largo de su vida, que no fue poco.

Empezando por su infancia. Juana de Castilla recibió una educación basada en la obediencia y no tanto en saber gobernar, ya que en teoría no era la sucesora al trono. Destacaba en las lenguas romances y en latín, así como en la música y la danza. Aunque su educación estuvo orientada desde una perspectiva muy religiosa, Juana dio muestras de escepticismo religioso desde temprana edad. Se dice que se negaba a confesarse y asistir a misa, lo cual alarmó a su madre, quien quiso mantenerlo en secreto. Las diferentes versiones de su vida sostienen distintos puntos de vista respecto a su estado mental durante su infancia y juventud. Algunas afirman que aún gozaba de una buena salud mental, mientras que otras sugieren que puede que ya padeciera algún trastorno.

A los diecisiete años la casaron con Felipe de Habsburgo, también llamado Felipe “el Hermoso”: un matrimonio puramente estratégico, como era costumbre en aquella época. Aun así, se dice que hubo mucha pasión entre Juana y Felipe en los inicios de su vida conyugal, pero ese ardor pronto se desvaneció por parte de Felipe. Se convirtió en un marido infiel, lo que provocó que Juana se volviera tirana y controladora, aunque no sin motivos. Amaba profundamente a Felipe, pero él la ignoraba por completo y le era infiel. Evidentemente, debido a su condición de mujer, Juana quedó como la obsesa e histérica.

En el año 1497 murieron su hermano Juan, heredero al trono, y su hermana Isabel, dos acontecimientos que no hicieron más que acentuar su sufrimiento y, consecuentemente, su inestable comportamiento.

Tras la muerte de Juan e Isabel, Juana volvió a Castilla con Felipe, dejando a sus hijos en Flandes. Ambos prestaron juramento como herederos ante las cortes castellanas y al año siguiente Felipe volvió a Flandes para resolver unos asuntos. Juana, por aquel entonces embarazada, permaneció en Castilla y dio a luz a su hijo Fernando. El hecho de estar separada de su marido y sus otros hijos la deprimía tanto que pidió una autorización para volver a Flandes, la cual fue rechazada por su madre. Tras la insistencia de Juana, Isabel ordenó que se encerrase a su hija en el Castillo de la Mota, pero después de una acalorada disputa Isabel cedió y Juana regresó a Flandes. Fue después de esta discusión cuando Isabel empezó realmente a dudar de la capacidad de su hija para gobernar, y pidió a Felipe que la tuviera vigilada.

A la muerte de Isabel la Católica empezaron los problemas entre Fernando el Católico y Felipe el Hermoso. Según el testamento de la reina, Juana era la heredera al trono, pero su padre gobernaría cuando ella estuviese ausente. También se mencionaba que Fernando podría gobernar en el caso de que Juana no se hallase en condiciones de hacerlo, lo que nos muestra que incluso su propia madre dudaba de ella. Felipe no estaba dispuesto a renunciar al poder, por lo que en la Concordia de Salamanca se acordó el gobierno conjunto de Felipe, Fernando y Juana.

Sin embargo, sucedió un nuevo acontecimiento traumático para Juana: la muerte de su marido. Felipe quería ser enterrado en Granada, y su esposa, determinada a cumplir su voluntad, trasladó su cuerpo allí desde Burgos, viajando siempre de noche. Juana no se separó en ningún momento del féretro de Felipe. Esto provocó que los habitantes de los pueblos por donde pasaba creyeran cada vez más en la locura de su reina.

Este acontecimiento fue la ocasión perfecta para Fernando para hacerse con el poder, ya que podía usarlo en contra de su hija, presentándola como incapaz de gobernar debido a su inestabilidad mental. Con este motivo y el de querer evitar el matrimonio de Juana con Enrique VII de Inglaterra, que Fernando no deseaba, ordenó que se la

encerrase en Tordesillas, donde la soberana pasaría casi cincuenta años recluida.

Como es de esperar, esta reclusión afectó gravemente a la salud mental de la reina. Las condiciones en las que vivía eran deplorables, y además tenía por única compañía a su hija Catalina, aunque esta solo se quedaría hasta su matrimonio con Juan III de Portugal, por lo que la reina quedó sola. Además, el rey Fernando visitó Tordesillas en compañía de algunos nobles castellanos con la única finalidad de demostrar lo "loca" que estaba su hija y lo insensato que sería dejarla gobernar.

A la muerte de Fernando, el reino pasó a manos del hijo de Juana, Carlos I. Este se benefició del pretexto de la incapacidad de Juana para proclamarse rey, de forma que se apropió de los títulos reales que le correspondían a su madre. En realidad, Juana nunca fue declarada incapaz por las Cortes de Castilla ni se le retiró el título de reina. Mientras vivió, en los documentos oficiales debía figurar en primer lugar el nombre de la reina Juana. Pero en realidad Juana no tuvo ninguna autoridad porque su hijo la mantuvo encerrada. Incluso ordenó que la obligasen a asistir a misa y confesarse, empleando tortura si era necesario.

Desde la partida de su hija Catalina su estado había ido empeorando, caracterizado por cada vez más frecuentes episodios depresivos. En los últimos años, a la presunta enfermedad mental se unía la física. Su nieto, Felipe II, pidió a un jesuita que la visitara y averiguara qué era lo que realmente le ocurría. Después de hablar con ella, el jesuita aseguró que las acusaciones carecían de fundamento y que, dado su estado mental, quizá la reina no había sido tratada adecuadamente. Tras cuarenta y seis años de reclusión y unas condiciones cada vez más duras, Juana de Castilla murió.

Cuando se busca información sobre la vida de Juana la Loca se descubre enseguida que no existe una única versión sino varias y que se contradicen entre ellas. Por una parte hay quienes la ven como una mujer demente incapaz de gobernar, y, por otra, quienes creen que la culpa de su estado mental la tuvieron las personas que quisieron anularla y transmitir una imagen degradante de ella por sus intereses personales. El hecho de que tuviese problemas mentales parece indiscutible en ambas versiones, pero la diferencia entre estas reside en si la "locura" de la reina fue una causa o una consecuencia.

En primer lugar, creo que Juana era una mujer inteligente y capaz de hacer grandes empresas, pero lo único que se esperaba de ella era que fuese obediente y sumisa, lo que no le gustaba. Desde pequeña tuvo un carácter fuerte y complicado, lo cual se ha usado en su contra para intentar demostrar que ya estaba loca por aquel entonces.

En segundo lugar, a lo largo de toda su vida vio cómo las personas de su entorno hacían lo posible por cortarles las alas y arrebatarle sus derechos, lo cual debía ser extremadamente frustrante, tratándose además de su propia familia. Es verdad que incluso su madre dudaba de Juana, pero sobre todo su marido, su padre y su hijo se aprovecharon de su condición de hombres para anularla y usurparle el poder. Incluso dejando el gobierno aparte, su marido le fue infiel y la trató de una manera totalmente irrespetuosa sabiendo que la culpa recaería en ella.

En tercer lugar, su encierro en Tordesillas tuvo evidentemente graves consecuencias en su salud mental. Las inmundas condiciones en las que estuvo recluida Juana y el tiempo que estuvo encerrada son motivos más que suficientes para justificar su comportamiento inestable. Además, el hecho de que las personas responsables de ello fueran las más cercanas es un factor que también debió contribuir. Al fin y al cabo, su esposo, su padre y su hijo acabaron por convertirse en sus carceleros.

Antes de concluir, creo importante destacar también que la visión de la enfermedad mental de hoy en día no es en absoluto la que había entonces. Aunque incluso ahora siga siendo un tema tabú y aún no esté del todo bien visto, en aquella época estaba considerado una posesión del diablo y era una vergüenza tener algún familiar afectado por enfermedades mentales. No habría que juzgar, pues, la historia de Juana desde nuestra perspectiva, sino que sería preciso ponerse en su piel para entender su situación y las consecuencias de esta.

Juana de Castilla fue una víctima de la sociedad patriarcal que aún hoy en día persiste, pero que en esa época era aún más tiránica e injusta. A lo largo de la historia, innumerables mujeres fuertes y capaces de grandes empresas han sido silenciadas. Juana es un claro ejemplo de ello: no estaba loca, la volvieron loca.